

El mundo moderno ha puesto a disposición del político una inmensa maquinaria para que pueda difundir una imagen molesta, antipática y desagradable de sí mismo. Usa de ella con fruición. Es un es-

tílo. Y va en épocas, pero en proporción inversa. Es decir, a una época grave corresponden políticos sonrientes, a una época serena, políticos ceñudos. Parece que un gran político es la imagen invertida de su pueblo. Es una teoría fantástica y divertida. Churchill, gordo y exuberante, extravertido y anecdótico, sería la contrafigura del inglés seco, alto, silencioso. Hitler, pequeño, moreno y discordante, lo habría sido de un país de gentes rubias, atléticas y musicales. A un país cachonduelo, improvisador y parlanchín, correspondería un jefe austero, misterioso, reflexivo y encerrado, y viceversa. Si Goethe preconizaba en las grandes amistades y en los grandes amores las afinidades electivas, parece que en política lo importante son los contrastes electivos. Siempre se ha admirado lo distinto —la distinción—, y en el fondo, también hay algún sentimiento de inferioridad y algún masoquismo.

Imagen invertida de su pueblo, imagen invertida de su época. La sonrisa durante la tormenta —"no os apuréis, aquí estoy yo, que haré salir el Sol"—, el rostro serio y grave cuando el Sol brilla —"no hay que confiar, hay que vigilar; pero aquí estoy yo"—. En una época extrañamente próspera para los países de Occidente —incluyendo en ellos, claro está, a los de régimen comunista, que es un régimen de tradición y filosofía puramente occidentales—, los políticos están revistiendo el rostro de la tragedia. Nixon es un ejemplo continuo. Nixon acaba de anunciar que es capaz de reanudar los bombardeos de Vietnam si las cosas fuesen mal,

Los Contem pora neos

AGUAFIESTAS

y los portavoces habituales han tenido que precipitarse a decir que no se trata de ninguna amenaza. Nixon ha utilizado todos los medios de la técnica moderna para advertir que pedía al Congreso la in-

plantación de la pena de muerte —para ciertos delitos: o sea, como siempre, porque la pena de muerte siempre se ha aplicado para ciertos delitos— cuando apenas han pasado unos meses desde la histórica victoria de la abolición, cuando el Tribunal Supremo la declaró inconstitucional. Nixon tiene una gran vocación de aguafiestas de sí mismo. Sin duda es así como ha llegado a Presidente de la nación, y lo ha sido una segunda vez.

La voz de la tragedia —la máscara de Melpómene, el pelo agitado por el viento de la historia, el coturno para elevarse de entre los mortales— sienta bien, ahora, al político. Tiene que recordar que es el mago de la tribu: la forma más fácil y más habitual de recordarlo es hacer bien patente que tiene en sus manos el rayo, el rayo de la muerte, de la destrucción. Que es el dueño de las fuentes de la vida y de la historia. Que es, en suma, el aguafiestas del mundo occidental.

¿Va a comenzar pronto a pasarse de moda esta actitud? Todavía las invocaciones al caos hechas por Pompidou han dado un excelente resultado electoral. El caos era el estado de confusión y terrible desorden existente antes de que el poderoso —es decir, De Gaulle, o el político en ejercicio— estableciera el orden. Etimológicamente, caos es espacio vacío; apurando la etimología, es abertura. O apertura. De donde la identificación entre apertura y caos que hacen algunos de nuestros políticos catastrofistas, no es tan disparatada. Desde el punto de vista etimológico, naturalmente. Desde el punto de vista político, histórico, real, puede decirse que no hay ninguna relación.

POZUELO

LA VIGILIA ELECTORAL

país se vivían aún las consecuencias de tremendos temporales.

Al mediodía ya habían votado más del 50 por 100; al mediodía también se conocían algunas serias denuncias, como la existencia —en algunos lugares— de boletas que no correspondían al distrito en el que se estaba votando. Otras incluían inscripciones no autorizadas, convirtiéndolas en un voto anulado. Por otra parte, las urnas, mal confeccionadas y demasiado pequeñas, no alcanzaban para contener en su interior todos los votos, ante lo que el Gobierno tuvo que impartir órdenes verbales para solucionar un inconveniente no previsto en la ley.

Más que cualquier domingo, la ciudad presentaba un aspecto solitario. Desde las paredes de los edificios, tapizadas con carteles de la campaña electoral, las caras de los candidatos miraban sonrientes o severamente —según el estilo elegido por cada uno— aguardando el resultado final. La gente, después de votar, regresaba a sus casas para seguir el proceso desde una radio o un televisor. Finalizado ya el comicio, algunos pequeños grupos se instalaron en la histórica plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada (sede del Gobierno). Lanusse aguardaba recluido en la residencia presidencial, ubicada en las afueras de Buenos Aires.

Algunos policías miraban sus relojes. Pero la hora popular era distinta. Además, la cara severa de Lanusse ya había aparecido en las pantallas de televisión anunciando lo que —a pesar de lo confuso del mensaje— se entendió claramente como el definitivo triunfo del Frente Justicialista de Liberación. Desde el erróneo ángulo de análisis adoptado por el actual Presidente y otros sectores políticos, era el triunfo de Perón. Que lo es, pero la mínima lucidez alcanza para comprender que los procesos políticos y sociales trascienden —sin excluirlo— el análisis individual. Así como con la eliminación de Lanusse tampoco se acaban los intereses que él representa y encarna.

Necesariamente hay que incluir a esa multitud que se lanzó a las calles, convirtiéndolas en ríos humanos, luego del discurso presidencial. A pesar de que los relojes de la Policía indicaban una hora esquemática, ceñida a la orden estricta de que hasta las veinticuatro no debía permitirse ningún tipo de manifestaciones. La orden se tradujo en el disparo de granadas de gases lacrimógenos, balas de goma disparadas sobre los manifestantes, palos, camiones policiales acelerando hacia la gente.

Se repitió entonces un espectáculo muchas veces visto: corridas, puertas de domicilios particulares que se abren generosas para burlar la persecución, gritos de desafío, piedras e insultos para responder al ataque, lágrimas y heridos, algunos seriamente.

Las columnas avanzaban desde los cuatro puntos cardinales de la ciudad hacia la sede del Frente, ubicada cerca de la zona céntrica de la capital federal. Cantando, lanzando consignas de triunfo con ritmo de bombos y latas vacías, además de las bocinas que surgían de densas caravanas de automóviles. Hasta que la represión no pudo más. Faltaban veinte minutos para las veinticuatro, cuando las fuerzas policiales comenzaron a retirarse.

Más de cien mil personas ocupaban totalmente la ancha avenida Santa Fe a lo largo de cuatro cuadras, conformando un espectáculo que las generaciones jóvenes nunca habían tenido la oportunidad de vivir. Y eran jóvenes en su mayoría los que estaban allí. Pero junto a ellos, personas mayores, viejos incluso, que se abrazaban llorando de júbilo, de emoción ante un hecho que no parecía del todo cierto.

Es que en esa expresión masiva se concentraban muchos años de Historia argentina, y resultaba imposible no conmoverse ante tanta alegría. Manifestada estruendosamente a través de un «folklore popular» que se renueva en forma constante. Sólo las derechas, la oligarquía, se espanta ante este aluvión de trabajadores sucios y sudorosos, donde sólo escuchan el ruido y los gritos que perturban su sueño. Detrás del sueño interrumpido está el miedo a ese avance popular que pretende recuperar lo que se le ha quitado o negado.

Para algunos, Buenos Aires fue el lunes a la noche una ciudad ocupada. Así lo manifestó el contralmirante Isaac Rojas, uno de los cabecillas de la «revolución» del 55, que mediante una nota al jefe de Policía reclamó orden y seguridad pública. Para otros, Buenos Aires fue una ciudad liberada.

En todas partes había manifestaciones. En pleno centro, Corrientes y 9 de julio, donde está el característico Obelisco, la circulación de automóviles era totalmente imposible por la gran cantidad de gente que ocupaba las avenidas; bailando, saltando, siempre con el fondo de un bombo interminable golpeando un triunfo, machacando una derrota.

Ante la sede del Frente, las horas pasaban, y la gente se renovaba constantemente; los cafés de los alrededores eran verdaderos actos políticos. Una tras otra surgían consignas, impulsadas fundamentalmente por la Juventud Peronista, que decían claramente del contenido dado a la lucha y a esta batalla victoriosa: construir el socialismo y organizarse para defender lo logrado, que todavía es mínimo; el Gobierno no alcanza, hay que marchar hacia el control total del poder; la lucha popular continúa y no estaban ausentes los que cayeron para siempre.

Ese recuerdo —fundamentalmente, el dolor aún vivo por la masacre de Trelew— adquirió en un momen-